

COMENTARIOS AL PRIMER CURSO DE «INTRODUCCION A LA ARQUITECTURA»

Por **CELESTINO GARCIA BRAÑA**
Profesor de la E.T.S. de Arquitectura
de La Coruña

A lo largo de varios años de docencia en la Escuela, desarrollando las clases correspondientes a la asignatura de Estética y Composición arquitectónicas, era obligado reflexionar sobre varias cuestiones pedagógicas.

Algunas eran referentes al propio planteamiento de la asignatura, que me han llevado a modificar considerablemente parte de los temas iniciales pero manteniendo básicamente inalterable lo que desde un principio fue el enfoque general de la asignatura, otras, de un orden más amplio, hacían referencia al problema de indagar sobre cómo y en qué momento iniciar al alumno en una reflexión metódica sobre lo que es la arquitectura, y ello naturalmente dentro de lo que hoy parece como más característico del modo de desarrollarse la arquitectura: «Sobre las ruinas de lo que fue llamado «Estilo Internacional», vemos crecer una nueva Internacional de la evasión sistemática, del elogio de lo casual, de la solución personalista, en la cual se responde a la necesidad de la subjetividad a través de su caricatura». (F. Purini).

El punto de partida residía en la constatación de unos hechos que, según mi entender, venían a poner de manifiesto una serie de carencias que son, en la mayoría de los alumnos, un grave obstáculo para la buena rentabilidad final de sus años consumidos en la Escuela.

¿Cuáles eran estos hechos? Básicamente a la altura del tercer curso, los siguientes:

—Ausencia generalizada de la más mínima reflexión fundamentada sobre lo que es la arquitectura.

Obviamente no se echa en falta un «Corpus doctrinal» amplio, ni agudas comparaciones históricas, fuera de lugar en una formación incipiente. Me refiero a algo más elemental, más simple pero más necesario y urgente, como sería el que para el alumno estuviera razonablemente claro en qué pueda consistir la actividad de proyectar, y de cómo se puede aspirar (otra cosa es conseguirlo o no) al conocimiento de la arquitectura. La doble condición científica (que no satisface) y artística (que no explica) de la arquitectura sitúa la verdadera dimensión de la dificultad del empeño. Ocioso parece a este respecto cualquier comparación con otro tipo de estudios.

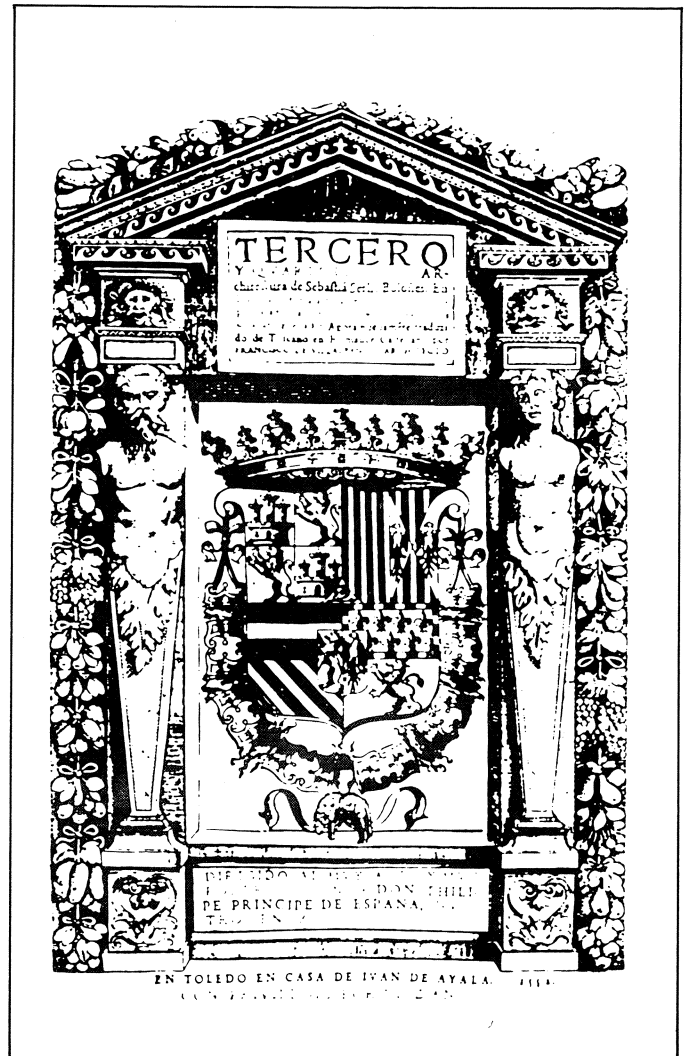
—Ausencia de un bagaje de conocimientos con que el alumno debe contar a la altura de un tercer año, que le permitan el debate arquitectónico con una información razonable.

En este apartado me quiero referir fundamentalmente a dos cuestiones:

1.º) Aquella que íntimamente ligada a la anterior le permita situarse e indagar en el corazón mismo de los temas arquitectónicos.

2.º) Contar con ideas básicas de la Historia de la Arquitectura y principalmente de la arquitectura del próximo pasado. Y aquí también una puntualización ya que de ningún modo se trata de reclamar un conocimiento exhaustivo, ni enciclopédico de la historia de la arquitectura, sino de dos aspectos, a mi modo de ver claros:

a) el valor del conocimiento de la Historia de la Arquitectura como uno de los medios claves para el propio conocimiento de la arquitectura.



b) la aproximación a aquellas cuestiones que expliquen los porqués de los cambios en la Historia de la Arquitectura, y el conocimiento de los problemas que cada sociedad y sus arquitectos se plantearon.

¿Acaso hacer edificios nuevos no fue siempre hacer crítica de los edificios del pasado?

—Ausencia de unas condiciones adecuadas como marco para la actividad pedagógica, imposible en cierto modo a partir de una universidad de masas. Tomando este dato, hoy por hoy inamovible, y en todo caso con soluciones a adoptar fuera del estricto ámbito de la Escuela, encontrar aquellas vías que mejor respuesta den al problema planteado.

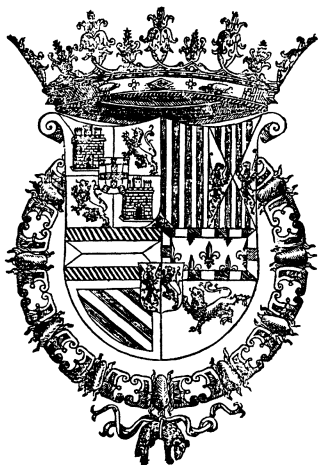
Tal estado de cosas no puede por menos que tener serias consecuencias en el futuro de quien desarrolla una actividad en la Escuela, tanto para alumnos como para profesores. A ambos lados de la barricada las consecuencias no son las mismas, pero en ambos son negativas.

¿Y cuáles serían ellas? Sin pretender agotar la enumeración he aquí algunas de las que parecen más significativas:

M. VITRUVIO POLLION DE AR

CHITECTVRA, DIVIDIDO EN
diez libros, traduzidos de Latin en Castellano
por Miguel de Vrrea Architecto, y facado en su perfectiõ
por Iuan Gracian impresor vezino de Alcala.

DIRIGIDO A LA S. C. R. M. DEL REY DON PHE-
lippe Segunda deste nombre nuestro Señor.



CON PRIVILEGIO.

Impresso en Alcala de Henares por Iuan Gracian.

Año. M. D. LXXXII.



a) Grave riesgo de pérdida de interés por la arquitectura, o mejor, serio riesgo de no alcanzar interés por la arquitectura (y sin duda se podría sustituir la palabra interés por la de amor o pasión).

b) En todo caso pérdida de tiempo en orden a profundizar en el conocimiento de la arquitectura, que debe iniciarse en el mismo momento de entrar en la Escuela.

c) Carencia de algunos conceptos aceptablemente rigurosos que orienten desde los primeros pasos la actividad del aprendizaje y del estudio.

d) Pérdida de la posibilidad de canalizarse, con un mínimo de garantías, hacia temas «colaterales», pero básicos, en distintos campos de la investigación o de la producción directamente relacionados con la arquitectura.

e) Tendencia a desarrollarse de modo inconsciente a veces, pero siempre muy grave hacia el profesionalismo (y eso en el mejor de los casos) ante la falta de perspectivas que permitan concebir la arquitectura como un ejercicio de conocimiento y no como una mera práctica profesional.

f) Valor omnipotente y en cierto modo despiadado del profesor hacia el alumno, como consecuencia de aquella falta de conceptos mínimos que le permitan, primero orientarse y luego exigir. Exigencias lastimosamente ausentes en casi todos los alumnos. A la altura de hoy el grado de pasividad de los alumnos de esta Escuela «no es normal», aunque se corresponda con pautas generacionales en toda la Universidad.

g) Falta de incitación hacia el profesor que se ve así privado de lo mejor que el alumno puede aportarle: exigencias, interrogantes, riesgos, dudas...

El intentar atajar alguna de estas situaciones, aún dentro de aquellos estrechos márgenes de actuación que ya se señalaron anteriormente, llevó a iniciar una serie de conversaciones con los profesores J.A. Franco Taboada, J.R. Soraluze Blond y J.R. López Calvo. A través de la oportunidad que se ofrecía con la redacción del nuevo plan de estudios, fuimos acercándonos al convencimiento de contar desde el primer curso con una asignatura que centrara el ámbito de su trabajo



en reflexionar sobre lo que es la arquitectura, sobre su conocimiento y su ejecución.

Fuimos conscientes que la materia objeto de la asignatura debería concretarse después de debates e intercambio de criterios con los otros departamentos. Así se hizo, y en el transcurso de varias sesiones fue aceptada la propuesta de programa que finalmente se llevó a cabo durante el curso académico 84-85.

El programa se dividió en dos partes: área teórica y área gráfica desarrollándose simultáneamente a lo largo de 26 temas.

El área gráfica se plantea en una primera parte, aquellas cuestiones referidas a los «Fundamentos del diseño» desarrollando sus temas en relación con la teoría de la forma y la teoría de las proporciones humanas, para pasar a continuación a aplicar lo anterior al diseño y a la arquitectura, referido a conjuntos elementales primero y complejos después.

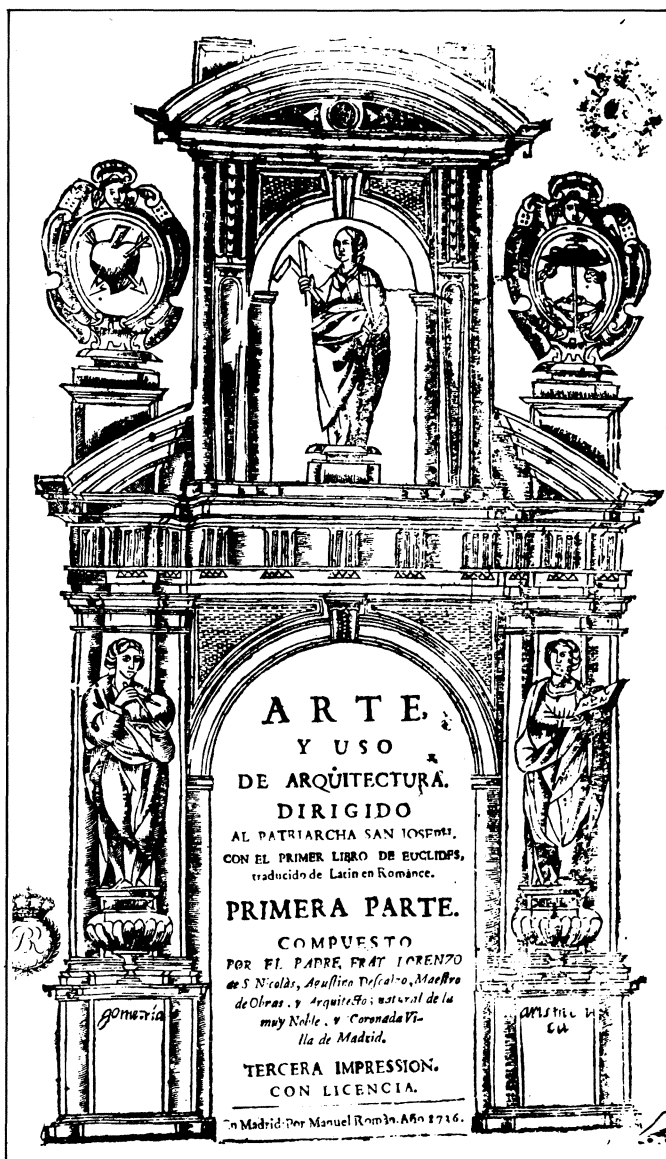
El área teórica, más dedicada a la reflexión y al análisis de los «porqués» se inició con una aproximación a la definición de la arquitectura, analizando aquellas que nos parecieron más significativas, tratando de descubrir las interpretaciones y los

objetivos que se escondían detrás de ellos. Y como definir no basta, indagamos sobre el fin de la arquitectura tratando de distinguirlo de los medios. No nos olvidamos de decir algo sobre las relaciones arquitectura - sociedad y arquitectura - arquitecto.

Y como el modo de realizar la arquitectura exige proyectarla, tratamos de entender qué significa proyectar en arquitectura; hablamos de la «complejidad de la proyectación arquitectónica» que es tanto como hacerlo de la racionalidad e irracionalidad en el proceso de proyectación, de su relación con la ciencia y de su tener que ver con el arte.

Y dado que una vez realizada la obra de arquitectura, (si de verdad lo es), es obra de arte, analizamos los muchos significados, que de ellos se derivan, viendo sobre todo la arquitectura como construcción de «lugares», es decir de espacios cargados de significado.

Nos preguntamos cómo se puede llegar al conocimiento de la arquitectura, para concluir en dos vías sustanciales (¿únicas?): el conocimiento de la Historia de la Arquitectura y la propia experiencia autobiográfica. Leimos las emociones que Asplund experimentó en su viaje por los países mediterráneos, y especialmente la noche de teatro al aire libre en Taormina y



como fueron decisivas para su proyecto del cine Skandia años después. También lo escribió por A. Rossi en su «Autobiografía científica» citando a W. Benjamín «Estoy deformado por mi relación con todo lo que me rodea».

Vimos después cómo se podía representar la Arquitectura a través de los croquis, de las plantas y de las secciones, también de la perspectiva y de otros medios más modernos como la fotografía, el cine y el vídeo. Y lo que es más importante, que representar la Arquitectura es en realidad representar una idea de la Arquitectura, y que las ideas diferentes exigen representaciones diferentes. No nos privamos ni de verlo a través de la Historia primero ni de analizarlo con arquitecturas y arquitectos actuales después.

Ciclones, carnavales y alguna otra contingencia más a lo largo del curso, nos privó de analizar la relación entre Arquitectura, Ciudad y Territorio y de reflexionar sobre todo ello y de su concreción en Galicia.

Sí nos dio tiempo a relacionar todo lo anterior en un rápido recorrido por la Historia de la Arquitectura, viendo cómo la Arquitectura se plantea problemas y cuáles fueron éstos, cosa que nos interesó más que las respuestas que a cada situación se dieron.

La dura realidad de contar con más de cien alumnos en clase nos obligó a utilizar el único medio posible, el de las clases - conferencia (también llamadas clases magistrales, aunque rara vez lo sean). No es, del todo, mal sistema y con esto no pretendemos justificar un tan alto porcentaje de alumnos por clase, si se plantean bien y se consigue despertar el interés en el alumno propiciando el debate y la participación. Tienen además una vertiente positiva: obligar al profesor a reflexionar y a ordenar ideas, a expresarse con rigor, a huir de vaguedades y a concretar diciendo lo necesario, siempre y cuando se desarrollen sin paternalismos ni falsas concesiones ya que como bien señala B. Huet: «El trabajo de un profesor consiste en transmitir un conjunto de conocimientos y en asegurarse que éstos sean asimilados correctamente. Para que esta asimilación se sitúe sobre una base objetiva, el profesor ha de conseguir establecer una distancia entre él mismo y la subjetividad». Justamente completada con aquella otra afirmación de A. Rossi refiriéndose a su enseñanza: «No he querido crear modelos, sino por un lado ofrecer una técnica y por otro una posibilidad de ampliación del saber».